



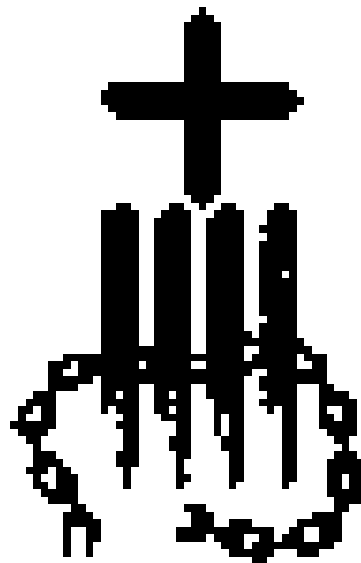
pastoralvocacional@merced.org.ar

f/ Frailes Odem

EQUIPO DE PASTORAL VOCACIONAL

Provincia Mercedaria Argentina

Orden de la Merced





Un Dios enamorado del hombre¹

Él te amo primero

La mente humana en todos los tiempos, culturas y religiones ha tratado de comprender y de expresar las propias concepciones de la divinidad, atribuyéndole las cualidades que alcanzó a imaginarse.

El hombre alcanzó la cima más alta en el conocimiento y en la descripción de quién es Dios, en la revelación que Dios mismo les confió y que se conservó en la Biblia. En este libro de los libros, desde la primera hasta la última página, Dios se define, actúa, habla como Dios-Amor. Su nombre más apropiado es Amor: su vida es la realización más íntima de la comunicación en el amor, que une a las personas divinas del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Este amor trinitario Dios ha querido derramarlo sobre el varón y la mujer, llamados a ser imagen, participando en su vida. El continuo flujo de amor entre Dios y la humanidad es la trama de toda la historia humana, a través de la experiencia religiosa de Israel primero, y de la Iglesia hoy.

El Dios de la revelación bíblica es un Dios que ama y que sólo en el amor se deja comprender y se hace próximo. La expresión más evidente de su amor nos es ofrecida en Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios hecho hombre.

- ☐ por amor se hizo carne como nosotros, vino a vivir en medio de nosotros en la pobreza, en la discreción, en el silencio, para compartir nuestra naturaleza humana;
- ☐ por amor recorrió los caminos de Palestina curando a los enfermos, liberando a los endemoniados, resucitando a los muertos, perdonando a los pecadores;
- ☐ por amor nos hizo conocer al Padre, que hace llover sobre buenos y malos, que quiere la y liberación y la salvación de los hombres de todo mal, que nos ofrece una alianza de amor;
- ☐ por amor donó su cuerpo y derramó su sangre sobre la cruz y sigue donándonos en el pan y en el vino eucarístico;
- ☐ por amor ha sufrido y vencido la muerte para donarnos la vida, la vida nueva que viene del Espíritu, que nos acompaña con su presencia;
- ☐ por amor nos purifica en el bautismo y nos hace sus testigos con la confirmación;

Y lo que es más extraordinario es que Dios-Amor para amarnos no esperó que nos convirtiéramos, que le pidiéramos que nos amara, que fuéramos fieles a sus enseñanzas. Él nos amó primero, cuando todavía estábamos alejados de Él. Es Él que ha venido a buscarnos para donarnos su amor. (1Jn. 4,7-10.19)

¿Qué es la vocación?

Somos frutos de la alianza de amor de Dios con cada hombre. En la alianza, Dios toma la iniciativa: lo hace llamándonos a la vida. Esta convocación a la aventura de existir podemos llamarla propiamente vocación. La vida cristiana es con frecuencia entendida y presentada como vocación, esto es, como una respuesta a la llamada de Dios. Efectivamente, la categoría de la vocación abarca uno de los aspectos más característicos y esenciales de la vida cristiana: el hecho de que es la respuesta a la iniciativa de un amor precedente de Dios más que una iniciativa que nazca en el hombre.

¹ Cf. GIANNI COLOMBO, MERCEDES DE CARLI INDRI, *Enamorarse quiere decir...*, colección Jóvenes Hoy, Paulinas.



"el maestro está ahí y te llama" (Jn. 11, 28). Nos llama a todos, no solo a algunos: "vengan a mí los que están fatigados y agobiados" (Mt. 11,28)

"si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame" (Lc. 10,27).

La identidad cristiana no se la inventa, no se la elige, no se la acepta, se la recibe como un don. Al comienzo de la aventura de la fe se halla, pues, un amor creador, que llama a la existencia a las cosas que no existen (Rom.4, 17). Hablar de la vida cristiana como una vocación, por lo tanto, es, ante todo, reconocerle a este amor la iniciativa original en el más completo sentido:..."porque El nos amó primero"(1Jn. 4,19).

Dios invita a todos a crecer en Jesucristo y a seguirlo: todos fuimos llamados a vivir en comunión con el Hijo de Dios (Cf. 1 Cor. 1,9). así lo definía San Pablo: "*los que de antemano conoció, también llamó a producir la imagen de su Hijo*" (Rom. 8,29). Sin este llamado, nadie sería cristiano. Todo cristiano es convocado y tiene, por tanto, una vocación.

Cristo llama a participar en su misión

El papel que la persona debe desarrollar durante su vida constituye su propia misión. Para esto ha sido llamado el hombre a la vida. La llamada de Cristo es siempre personal, pero exige una vida comunitaria de pertenencia responsable a toda la comunidad de los redimidos. Es una llamada a participar en la misión que Jesús recibió del Padre.

Podríamos decir que existen diversas vocaciones cristianas o aspectos de una misma vocación: llamada a la fe, a la Santidad, al apostolado; llamada según los carismas particulares, llamada a un ministerio de profetismo, de culto, de caridad o de servicio comunitario; llamada a un estado de vida laical, consagrada, sacerdotal, etc. Todas estas y otras posibilidades de vocación cristiana tienen una responsabilidad misional propia.

La comunidad de Jesús²

Jesús, al mismo tiempo que proclama el Reino, convoca a sus seguidores a la comunidad. Como ya dijimos más arriba, la llamada es personal pero la vocación se despliega o está llamada a desplegarse en comunidad.

La primera comunidad de Jesús es un pequeño grupo inmerso en la experiencia del Reino. La comunidad de Jesús experimenta la liberación de la ley y se abre a una comunión de hijos y de hermanos, en la solidaridad con los pobres. Es comunidad para los otros, recorriendo caminos samaritanos. En la comunidad de Jesús se experimenta un proceso de interiorización y de conversión del corazón, caminos nuevos de itinerancia misionera, travesías hacia otras orillas, apuestas por el servicio en la fraternidad.

La comunidad de Jesús experimenta sobre todo el progresivo descubrimiento del padre en Jesús. El nuevo rostro de Dios y su voluntad de hacernos hijos suyos en un mismo origen, en una misma herencia, por un mismo Espíritu.

Es necesario subir a Jerusalén. La crisis, los conflictos y las tensiones internas y externas contribuyen a descubrir y entrañar la verdadera identidad y pertenencia de la comunidad. La pascua aporta claridad y certeza sobre lo

² Perez Alvarez, Jose Luis *Amor célibe en fraternidad misionera* Frontera 34



definitivo. Se rompe el velo del templo. Se desvela el sepulcro vacío. Se inicia una nueva vida por el Espíritu derramado. Este da testimonio de la presencia y del señorío de Jesús en la comunidad.

La comunidad vive la comunión y la misión del Espíritu fortalecida en el amor recibido y donado. Una sola ley aglutina su relaciones: el amor nuevo. Este amor es don, tarea y destino. Este amor da sentido a todo otro amor. Nace de Dios y nos conduce a Dios. Amor fraterno y solidario que se hace proyecto de vida comunitaria y es el signo fundamental por el que la comunidad será discernida como comunidad de los discípulos de Jesús.

- ♦ Para pensar y reflexionar; meditar y rezar; para celebrar y dar gracias juntos al Dios de la vida que nos llama a descubrir y vivir nuestra vocación en comunidad, les proponemos las siguientes preguntas y pistas (claro que ustedes pueden agregar otras de acuerdo a la realidad de su comunidad):
 - ¿Qué nos pasa, que se nos moviliza en nuestro interior, el sabernos llamados, habitados, acompañados por un “Dios-amor” (con todas las características que presenta el texto)? (registren las sensaciones y los sentimientos que les provoca hacerse esta pregunta)
 - Esas sensaciones y sentimientos que brotan en nosotros tendríamos que, de a poquito, sin pausa, pero sin prisa, y sin dejar de transitar por el camino que vamos trazando en nuestra vida, ser capaces de traducirlos en respuestas concretas, en pasitos precisos, en opciones que ganen cada vez mayor firmeza y convicción... pregúntese cada uno, personalmente: ¿Cuáles son las respuestas que he ido dando? ¿Cuáles son aquellas que podría o debería reencauzar, acomodar o hasta dejar de lado porque no me están ayudando a ir al encuentro de este Dios-amor? ¿Cuáles son las que, en este preciso momento, y en este momento especial, empiezan a tomar forma en la mente y en el corazón? Un consejo: siempre es preciso en el camino de la vida hacer un paréntesis, un alto que nos permita mirarnos, con profundidad y seriedad, pero también con sorpresa y alegría por todo lo que el Dios de la vida va obrando *en* nosotros y *con* nosotros (no se olviden que, así como nosotros vamos haciendo experiencia de Dios a lo largo de la vida, Él va haciendo experiencia de nosotros y se va sorprendiendo, se alegra o se entristece, pero se va enamorando cada vez más).
 - Por último, tomen conciencia de que no están solos, no son camicaces que andan a tientas tratando de discernir, descubrir, cuál es la misión que el Dios-amor soñó desde que nos creó para que seamos más humanos, más felices. Por lo tanto, compartan con los que tienen a su alrededor los dones que saben que recibieron como regalo y que saben que pueden enriquecer y hacer crecer la comunidad. ¿Cuáles son esos dones? ¿Cómo se conjugan, de qué manera se complementan con el del o el de los hermanos y hermanas que comparten la aventura de compartir la vida en comunidad?
- Y por último intenten descubrir juntos el camino que van haciendo como comunidad: los compromisos que han ido asumiendo, los avances y retrocesos, algunos errores pero también los aciertos... y construyan un propósito común donde se plasme el deseo de que cada uno pueda descubrir su vocación personal y como enriquece esto a toda la comunidad.

¡Que el Dios-amor los acompañe en este momento!

Abrazos



Este material está pensando para que en cada comunidad puedan organizar un momento de oración y reflexión en torno a las vocaciones en la Iglesia. Ya que el próximo domingo 26 de abril la Iglesia celebra y realiza la "jornada mundial de oración por las vocaciones". Pueden celebrar con cantos, trabajos en grupo y un momento de oración o Adoración Eucarística (según las posibilidades).

Les pedimos una tarea más: que saquen fotos del momento, que transcriban las reflexiones, oraciones que han surgido, etc... y que suban todo al facebook de la pastoral vocacional: Pastoral Vocacional Mercedarios.Arg o puedan encontrarlo como Frailes odem. Gracias.

MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO

PARA LA 52 JORNADA MUNDIAL

DE ORACIÓN POR LAS VOCACIONES

26 DE ABRIL DE 2015 – IV DOMINGO DE PASCUA

«El éxodo, experiencia fundamental de la vocación»

Queridos hermanos y hermanas:

El cuarto Domingo de Pascua nos presenta el icono del Buen Pastor que conoce a sus ovejas, las llama por su nombre, las alimenta y las guía. Hace más de 50 años que en este domingo celebramos la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones. Esta Jornada nos recuerda la importancia de rezar para que, como dijo Jesús a sus discípulos, «el dueño de la mies... mande obreros a su mies» (Lc 10,2). Jesús nos dio este mandamiento en el contexto de un envío misionero: además de los doce apóstoles, llamó a otros setenta y dos discípulos y los mandó de dos en dos para la misión (cf. Lc 10,1-16). Efectivamente, si la Iglesia «es misionera por su naturaleza» (Conc. Ecum. Vat. II, Decr. Ad gentes, 2), la vocación cristiana nace necesariamente dentro de una experiencia de misión. Así, escuchar y seguir la voz de Cristo Buen Pastor, dejándose atraer y conducir por él y consagrando a él la propia vida, significa aceptar que el Espíritu Santo nos introduzca en este dinamismo misionero, suscitando en nosotros el deseo y la determinación gozosa de entregar nuestra vida y gustarla por la causa del Reino de Dios.

Entregar la propia vida en esta actitud misionera sólo será posible si somos capaces de salir de nosotros mismos. Por eso, en esta 52 Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones, quisiera reflexionar precisamente sobre ese particular «éxodo» que es la vocación o, mejor aún, nuestra respuesta a la vocación que Dios nos da. Cuando oímos la palabra «éxodo», nos viene a la mente inmediatamente el comienzo de la maravillosa historia de amor de Dios con el pueblo de sus hijos, una historia que pasa por los días dramáticos de la esclavitud en Egipto, la llamada de Moisés, la liberación y el camino hacia la tierra prometida. El libro del Éxodo —el segundo libro de la Biblia—, que narra esta historia, representa una parábola de toda la historia de la salvación, y también de la dinámica fundamental de la fe cristiana. De hecho, pasar de la esclavitud del hombre viejo a la vida nueva en Cristo es la obra redentora que se realiza en nosotros mediante la fe (cf. Ef 4,22-24). Este paso es un verdadero y real «éxodo», es el camino del alma cristiana y de toda la Iglesia, la orientación decisiva de la existencia hacia el Padre.

En la raíz de toda vocación cristiana se encuentra este movimiento fundamental de la experiencia de fe: creer quiere decir renunciar a uno mismo, salir de la comodidad y rigidez del propio yo para centrar nuestra vida en Jesucristo; abandonar, como Abrahán, la propia tierra poniéndose en camino con confianza, sabiendo que Dios indicará el



camino hacia la tierra nueva. Esta «salida» no hay que entenderla como un desprecio de la propia vida, del propio modo de sentir las cosas, de la propia humanidad; todo lo contrario, quien emprende el camino siguiendo a Cristo encuentra vida en abundancia, poniéndose del todo a disposición de Dios y de su reino. Dice Jesús: «El que por mí deja casa, hermanos o hermanas, padre o madre, mujer, hijos o tierras, recibirá cien veces más, y heredará la vida eterna» (Mt 19,29). La raíz profunda de todo esto es el amor. En efecto, la vocación cristiana es sobre todo una llamada de amor que atrae y que se refiere a algo más allá de uno mismo, descentra a la persona, inicia un «camino permanente, como un salir del yo cerrado en sí mismo hacia su liberación en la entrega de sí y, precisamente de este modo, hacia el reencuentro consigo mismo, más aún, hacia el descubrimiento de Dios» (Benedicto XVI, Carta enc. Deus caritas est, 6).

La experiencia del éxodo es paradigma de la vida cristiana, en particular de quien sigue una vocación de especial dedicación al servicio del Evangelio. Consiste en una actitud siempre renovada de conversión y transformación, en un estar siempre en camino, en un pasar de la muerte a la vida, tal como celebramos en la liturgia: es el dinamismo pascual. En efecto, desde la llamada de Abrahán a la de Moisés, desde el peregrinar de Israel por el desierto a la conversión predicada por los profetas, hasta el viaje misionero de Jesús que culmina en su muerte y resurrección, la vocación es siempre una acción de Dios que nos hace salir de nuestra situación inicial, nos libra de toda forma de esclavitud, nos saca de la rutina y la indiferencia y nos proyecta hacia la alegría de la comunión con Dios y con los hermanos. Responder a la llamada de Dios, por tanto, es dejar que él nos haga salir de nuestra falsa estabilidad para ponernos en camino hacia Jesucristo, principio y fin de nuestra vida y de nuestra felicidad.

Esta dinámica del éxodo no se refiere sólo a la llamada personal, sino a la acción misionera y evangelizadora de toda la Iglesia. La Iglesia es verdaderamente fiel a su Maestro en la medida en que es una Iglesia «en salida», no preocupada por ella misma, por sus estructuras y sus conquistas, sino más bien capaz de ir, de ponerse en movimiento, de encontrar a los hijos de Dios en su situación real y de com-padecer sus heridas. Dios sale de sí mismo en una dinámica trinitaria de amor, escucha la miseria de su pueblo e interviene para librarlo (cf. Ex 3,7). A esta forma de ser y de actuar está llamada también la Iglesia: la Iglesia que evangeliza sale al encuentro del hombre, anuncia la palabra liberadora del Evangelio, sana con la gracia de Dios las heridas del alma y del cuerpo, socorre a los pobres y necesitados.

Queridos hermanos y hermanas, este éxodo liberador hacia Cristo y hacia los hermanos constituye también el camino para la plena comprensión del hombre y para el crecimiento humano y social en la historia. Escuchar y acoger la llamada del Señor no es una cuestión privada o intimista que pueda confundirse con la emoción del momento; es un compromiso concreto, real y total, que afecta a toda nuestra existencia y la pone al servicio de la construcción del Reino de Dios en la tierra. Por eso, la vocación cristiana, radicada en la contemplación del corazón del Padre, lleva al mismo tiempo al compromiso solidario en favor de la liberación de los hermanos, sobre todo de los más pobres. El discípulo de Jesús tiene el corazón abierto a su horizonte sin límites, y su intimidad con el Señor nunca es una fuga de la vida y del mundo, sino que, al contrario, «esencialmente se configura como comunión misionera» (Exhort. ap. Evangelii gaudium, 23).

Esta dinámica del éxodo, hacia Dios y hacia el hombre, llena la vida de alegría y de sentido. Quisiera decirselo especialmente a los más jóvenes que, también por su edad y por la visión de futuro que se abre ante sus ojos, saben ser disponibles y generosos. A veces las incógnitas y las preocupaciones por el futuro y las incertidumbres que afectan a la vida de cada día amenazan con paralizar su entusiasmo, de frenar sus sueños, hasta el punto de pensar que no vale la pena comprometerse y que el Dios de la fe cristiana limita su libertad. En cambio, queridos jóvenes, no tengáis miedo a salir de vosotros mismos y a ponerlos en camino. El Evangelio es la Palabra que libera, transforma



pastoralvocacional@merced.org.ar

f/ Frailes Odem

y hace más bella nuestra vida. Qué hermoso es dejarse sorprender por la llamada de Dios, acoger su Palabra, encauzar los pasos de vuestra vida tras las huellas de Jesús, en la adoración al misterio divino y en la entrega generosa a los otros. Vuestra vida será más rica y más alegre cada día.

La Virgen María, modelo de toda vocación, no tuvo miedo a decir su «fiat» a la llamada del Señor. Ella nos acompaña y nos guía. Con la audacia generosa de la fe, María cantó la alegría de salir de sí misma y confiar a Dios sus proyectos de vida. A Ella nos dirigimos para estar plenamente disponibles al designio que Dios tiene para cada uno de nosotros, para que crezca en nosotros el deseo de salir e ir, con solicitud, al encuentro con los demás (cf. Lc 1,39). Que la Virgen Madre nos proteja e interceda por todos nosotros.